

# IDEAS/COMENTARIOS/ACTUALIDAD

Coordinador: Luis Burstin

## Spengler y la decadencia de Occidente

por Theodor W. Adorno

(Pertenece a la generación de Walter Benjamin, Ernst Bloch y Herbert Marcuse, Theodor W. Adorno, profesor de filosofía y sociología de la Universidad de Frankfurt, recientemente fallecido, fue uno de los grandes pensadores alemanes con temporáneos. La crítica a Spengler, que ahora publicamos, es una de las muestras más características de su talento).

Con todos sus sarcasmos contra la mística de la civilización, Spengler llega, como se ve, a formulaciones muy cercanas de la superstición astrológica. Esta es la estación de llegada de la glorificación del alma.

El retorno de lo siempre igual, culminación de esa doctrina del destino, no es más que la constante reproducción de la culpa de unos hombres contra otros. En el concepto de un destino que somete los hombres a un ciego dominio se refleja el dominio ejercido por unos hombres. Cada vez que Spengler habla del destino se trata en realidad del sometimiento de un grupo de hombres a otro. La metafísica del alma se añade al positivismo para poder declarar eterno e inevitable el principio de ese destino que se reproduce constantemente. La inevitabilidad del destino queda en realidad definida por el dominio y por la injusticia, y esto es lo que tiene que ocultar el orden cósmico de Spengler. La justicia es en su obra un ridículo concepto contrapuesto al de destino. En uno de los lugares más brutales de su libro, involuntaria parodia de Nietzsche, lamenta Spengler que “el sentimiento cósmico de lo racial, del sentido político y nacional de los hechos—right or wrong, my country—, la decisión de ser sujeto y no objeto del desarrollo histórico—pues no hay una tercera cosa entre sujeto y objeto—, en pocas palabras, la voluntad de poder, se vea dominada por una tendencia cuyos dirigentes son frecuentemente hombres sin instintos originarios y, por tanto, muy poseídos por la lógica, que quiere vivir en un mundo de verdades, ideales y utopías hombriles libresco que se creen capaces de sustituir lo real por lo lógico, la fuerza de los hechos por una justicia abstracta, el destino por la razón. La tenencia empieza con los hombres del eterno miedo, que se refugian de la realidad para refugiarse en monasterios, filosóficos rincones y comunidades espirituales, considerando indiferente la historia universal; y termina en toda cultura con la aparición de los profetas de la paz mundial. Todo pueblo produce esa basura histórica. Las cabezas de esos hombres constituyen un grupo fisiognómico bien definido. Suelen conquistar un lugar excelso en la historia del espíritu”—hay entre ellos una entera serie de nombres célebres— pero desde el punto de vista de la historia real son seres minusvalentes”.

Resistir a Spengler significaría según eso superar el “punto de vista de la historia real”, que no es historia sino mala naturaleza, y realizar el posible histórico que Spengler considera imposible no que aún no está realizado. La crítica de James Shotwell ha penetrado inflexiblemente en este punto: “Al otoño ha seguido siempre el invierno porque la vida se repelía en círculo y se descontrolaba en el limitado ámbito de una economía autárquica. La relación entre las diversas sociedades particulares tenía un carácter más de latrocinio que de estimulante, pues la humanidad no había encontrado aún un medio de mantenimiento de la cultura que no la colocara en indeseada dependencia respecto de aquellos que no participaban de sus bendiciones materiales. Desde las primeras y salvajes expediciones de saqueo, desde la esclavitud hasta los problemas industriales de nuestra época, todas las culturas han estado fundadas sobre

bases económicas falsas, y apoyadas por bizantinismos morales y religiosos igualmente falsos. Les ha faltado equilibrio interno porque partían de la injusticia de la explotación. Pero no hay nada que fundamente la tesis de que la moderna cultura tenga que repetir necesariamente ese ritmo cíclico”.

Esta observación basta para juzgar de toda la concepción spengleriana de la historia. Si se empieza por poner el caso de la antigüedad sucede por necesidad autónoma en su vida y es expresión de su animidad, se consigue muy fácilmente que tenga el aspecto de un destino, y no menos fácil resulta trasladar los rasgos de esa fatalidad a la situación actual. Pero si, según el sentido de las frases de Shotwell, el caso de la antigüedad debe entenderse teniendo en cuenta la final improductividad del sistema latifundista—y, con la de éste la improductividad consiguiente del sistema esclavista—, el destino es vencible, si consigue superar esa y otras formas análogas de dominio y toda la estructura universal spengleriana resulta ser un sofismo por analogía con una determinada circunstancia histórica.

Esto no es reducible, naturalmente, a la fe en el progreso constante y en la supervivencia de la cultura Spengler ha subrayado de tal modo el carácter natural de la cultura que ha sido capaz de resquebrajar para siempre la confianza en la función reconciliadora de ésta. Más penetrantemente que ningún otro ha argüido Spengler el hecho de que la naturalidad de la cultura se mueve siempre hacia el ocaso y la catástrofe, y ha mostrado cómo la cultura misma, en tanto que forma y orden, está sometida al ciego dominio que en permanente crisis va preparando el destino a sus víctimas y a sí mismo. Todo lo que es cultura lleva en sí la impronta de la muerte; negar este hecho sería ingenuo luego del alegato de Spengler, que ha sido tan charlañón por lo que hace a los secretos de la cultura como Hitler por lo que hace a los de la propaganda.

Para romper el círculo mágico de la morfología spengleriana no basta con condenar la barbarie y confiar en la salud de la cultura. Ante esa ingenuidad reíría Spengler con motivo. Lo que hay que hacer es penetrar con la mirada el elemento de barbarie que hay en la cultura misma. Sólo tienen una posibilidad de sobrevivir al veredicto de Spengler aquellos pensamientos que someten a juicio la idea de cultura exactamente igual que la realidad de la barbarie. El alma vegetativa de la cultura spengleriana, el vitalista “estar en forma”, el mando simbólico, inconsciente y arcaico que le entusiasma, todos esos testimonios de la glorificada independencia de la vida vegetativa son embajadores de la tragedia cuando reaimentarse en acción. Todos ellos dan testimonio de la construcción y del sacrificio que la cultura impone a los hombres. Confiar en ellos y negar el ocaso significa quedar aún más profundamente apresados en su mortal fabricación. Y significa en mismo tiempo querer restaurar aquello sobre lo cual la historia pronunció ya el veredicto que para Spengler es el último, mientras que la historia universal, al cumplir su sentencia de razón precisamente a lo que

con razón se condenó.

La aguda mirada del cazador spengleriano que registra despiadadamente las ciudades de los hombres como si fueran la selva que son, ha pasado por alto una cosa: las fuerzas que

se liberan en la decadencia de la ruina. “Qué enfermo parece todo lo que nace”: esta frase del poeta Georg Trakl trasciende el paisaje spengleriano. En el mundo de la vida violenta y oprimida, la decadencia

—que arrebató a esa vida a su cultura, a su rudeza y a su existencia, todo séquito— es el refugio de los mejores. Los impotentes, los que según el decreto de Spengler, son dados de lado por la historia y son antiquados, encarnan negativamente en la negatividad de esta cultura algo que promete romper el veredicto y terminar con el espanto de la prehistoria—por más débilmente que pueda sonar esa promesa. En la aparición de esas fuerzas yace la última esperanza de que el destino y el poder no tengan la última palabra en el mundo. Frente a la decadencia de occidente no está, como instancia salvadora, la resurrección de la cultura, sino la utopía, que yace, silenciosa e interrogante, en la imagen misma de lo que se hunde.

## El Dr. don José María Castro y el primer libro publicado sobre Costa Rica

Lic. Clotilde María Obregón Q.

### DON FELIPE MOLINA EN INGLATERRA

Una vez declarada la República, Castro nombró como Ministro ante varias naciones europeas a don Felipe Molina.

El señor Molina llegó a Gran Bretaña, a finales de 1848 con una serie de instrucciones dadas por el Presidente.

1) Firmar un nuevo tratado con Inglaterra que uniese más las dos naciones que el suscrito con el Cónsul inglés en 1847.

2) Enterar al Primer Ministro, Lord Palmerston, de que Costa Rica era ya República.

3) Negociar un empréstito de 400.000 pesos, advirtiéndole que el reembolso de ese dinero no podría hacerse antes de 10 años.

4) Promover el establecimiento de un Banco de descuento, particular o mixto; en el primer caso estaría fuera de dominio del Gobierno, excepto en el interés que devengase en el segundo, el Gobierno sería socio.

5) Promover la organización de un camino carretero a Sarapiquí.

6) Promover una emigración numerosa, de hombres de todas las profesiones, especialmente maestros para escuelas de niñas. Los agricultores podrían importar sus instrumentos sin pagar impuesto y a todos se les permitiría practicar libremente su fe, como lo expresaba ya la Constitución reformada emitida en noviembre de 1848.

Además de esto, Molina recibió instrucciones para gestionar un protectorado.

El establecimiento de relaciones con los Estados Hanséuticos la Santa Sede y España, no vamos a comentarlos aquí.

### PRIMER LIBRO PUBLICADO SOBRE COSTA RICA:

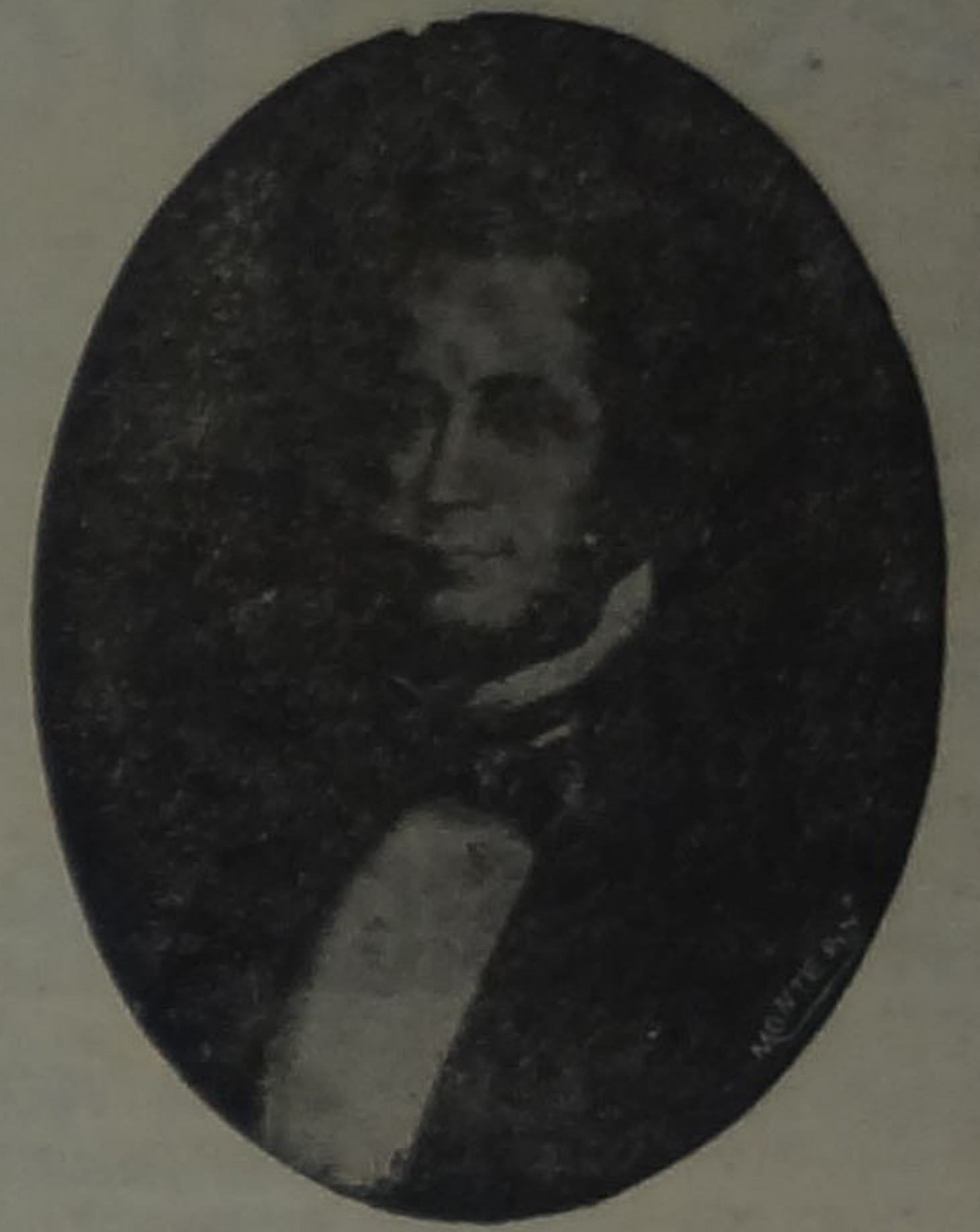
Cuando el Sr. Molina pretendió interesar a compañías comerciales británicas en los trabajos proyectados por el Presidente Castro, se encontró con que nadie lo hacía porque Costa Rica era un país totalmente desconocido. Era pues necesario, darlo a conocer.

Para eso, nuestro Ministro redactó un folleto, que viene a ser EL PRIMER LIBRO ESCRITO EN EL EXTERIOR SOBRE COSTA RICA.

El folleto, publicado en Londres a principios de 1849, hasta el momento, es desconocido en nuestro país. Don Pablo Billely, en su trabajo titulado “Obras publicadas en el extranjero acerca de la República de Costa Rica durante el siglo XIX” no hizo ninguna mención a la edición inglesa del libro de don Felipe, sino que puso la edición francesa como la primera, lo cual también hizo el profesor don Luis Dobles S., en su “Índice Bibliográfico” publicado posteriormente.

Supimos de esa primera edición por una carta que en abril de 1849, el señor Molina le escribió a nuestro Ministro de Relaciones Exteriores desde Londres, informándole que había publicado un folleto descriptivo sobre Costa Rica, el cual adolecía de muchos defectos y yerros que enmendaría en las ediciones sucesivas que pensaba publicar en francés, alemán y castellano. Con este dato, empezamos a buscarlo; el Museo Británico nos dio el nombre: BRIEF SKETCH OF THE REPUBLIC OF COSTA RICA. Luego siguieron meses de búsqueda, pues la Biblioteca del Congreso en Washington nos comunicó que estaba fuera de circulación, hasta que apareció en la Biblioteca de la Universidad de Yale, la cual nos envió el microfilm.

El folleto es muy pequeño; 15 páginas y un



don Felipe Molina

mapa y viene a ser, como el mismo Molina le dijo, la base para las ediciones posteriores.

Ya la edición española, publicada en Nueva York en 1851 consta de 127 páginas y varios mapas.

El folleto comienza con una introducción: “El deseo de dar a conocer—dice Molina— al mundo civilizado un país interesante, aunque aún no haya sido explorado, es la razón de esta breve descripción de Costa Rica, que quizá será más digna de atención cuando se agite de nuevo la cuestión de la comunicación interoceánica que se proyecta a través de Centro América”.

Al analizar el folleto, lo primero que nos llama la atención es la falta de conocimientos geográficos. Los costarricenses no conocían su país, los mapas que existían eran muy pocos, imperfectos, desde luego y sobre ellos se basaban los proyectos de construcción de caminos.

El mapa que don Felipe Molina incluye en su trabajo, a pesar de ser en esa época uno de los mejores, presenta enormes errores. Entre otras cosas, examinando la costa del Pacífico, vemos que la península de Osa, prácticamente no existe, los ríos que desembocan en ambos mares eran en su mayoría desconocidos y el Tempisque, el Térraba y el San Carlos tienen una tercera parte de su extensión verdadera. Algunas cordilleras no aparecen, por lo que no nos puede extrañar que se pensara construir un camino de Puntarenas a Sarapiquí por considerar más corta y fácil esta ruta o se proyectase un canal de Bocas del Toro a Chiriquí, sin tomar en cuenta la Cordillera de Talamanca.

A pesar de sus errores, el libro nos da una serie de datos de gran importancia y nos muestra en forma clara como era la Costa Rica de 1849. Pero indudablemente su mayor valor radica en haber dado a conocer en el Viejo Continente, a nuestra Patria.

Molina destaca en el folleto lo que más interesa para atraer a las compañías comerciales y a los posibles inmigrantes. Señala la riqueza de la tierra, lo templado del clima y sobre todo lo pacífica, emprendedora, hospitalaria y homogénea que era la población. Anota los vínculos comerciales que han existido y existen en Inglaterra y las ventajas geográficas de Costa Rica, por estar cerca de la ruta del tan proyectado canal interoceánico.

Al final, don Felipe hace hincapié en el gobierno democrático de la nación y en que no tiene esclavos, dato muy importante en una época en que sí los tenían los dos países más grandes del Continente: Brasil y Estados Unidos.